

El albañil con posgrado en filosofía

Pablo Espinosa

La fiebre del caucho dejó en Manaus un teatro de ópera donde Werner Herzog hizo estación con su Fitzcarraldo.

La fiebre del oro creó legiones de gambusinos, ambiciones, brillos efímeros y una metáfora completa de la ubicación de la utopía: El Dorado.

La fiebre del tabaco instauró edificaciones estéticas conocidas como Los Portales de Córdoba.

La fiebre del automóvil creó una leyenda viva: Sixto Rodríguez.

El Amazonas, El Viejo Oeste, Lo Real Maravilloso, Detroit, son los títulos de aquellas gestas.

Detroit. Le détroit du Lac Érié. El estrecho del lago Erie. Une el lago Saint Claire con el lago Erie. En 1701 quedó fundado Le détroit. A finales del siglo XIX, un puñado de migrantes, comerciantes franceses de pieles, bautizaron el sitio como París del Oeste, por orgullo y por su peculiar arquitectura.

Henry Ford. Los hermanos Dodge. Walter Chrysler. Jimmy Hoffa, General Motors. La fiebre del auto atrajo oleadas de mexicanos en busca de los salarios que su país les niega siempre.

En el éxodo de principios de los años veinte del siglo XX, un matrimonio de migrantes mexicanos bautizó Sixto al sexto de sus hijos.

Sixto Díaz Rodríguez. Un nombre común y corriente. Un ciudadano de a pie. Un héroe de la clase trabajadora. Un *Working Class Hero* que, a diferencia de John Lennon, autor de la canción que lleva ese título, sí es un obrero, no es multimillonario, sí es un héroe, no es un difunto, sí es un poeta entero.

Sixto Díaz Rodríguez. Sexto de familia.

La fiebre del automóvil bajó el mercurio del termómetro: hubo un tiempo en que

el paisaje de Detroit se pobló de edificios abandonados, lotes vacíos. Calles oscuras. En 2013 la ciudad de Detroit se declaró en quiebra. Mecenases entran en acción, en conjunto con el clamor de la sociedad, para salvar una valiosa colección, inmensa, de arte que incluye un mural de Diego Rivera acerca, por cierto, de la fiebre del automóvil. Los acreedores quieren cobrarse con ese patrimonio artístico la deuda.

Al Instituto de Artes de Detroit, donde reposa tal tesoro cultural, acudió desde niño Sixto Díaz Rodríguez y cuando crecieron sus tres hijas también las llevó incontables ocasiones, para luego instalarse en la Biblioteca Municipal de Detroit y completar de manera autodidacta la educación que supuestamente un obrero no alcanzaría, de no tener estas iniciativas personales.

Pero... ¿quién es ese tal Sixto Díaz Rodríguez?

No existe. Es decir: es una persona normal, común y corriente. Es una persona como usted, como yo. No, es más que usted y que yo: es un obrero, es un luchador social. Es un poeta. Un enorme dramaturgo. Es un mito, una leyenda, una historia de hadas.

El que sí existe es aclamado simplemente como Rodríguez.

Y en algunas ocasiones como Sixto Rodríguez. Pero el tal Sixto Díaz Rodríguez no existe, al menos no para efectos de “fama y gloria”. ¿Por qué? Pues porque así lo quiere él: ser una persona normal. Tener una vida propia. Renunció hace muchos años a ser lo que se supone debe ser un genio de la música rock: multimillonario, veleidoso, adicto a drogas y alcohol, mujeriego, lleno de propiedades superfluas, mansiones, jets, automóviles y todo el listado de monerías que “los valores sociales” tienen como correspondiente para el rubro.

Es más. Rodríguez está muerto.

En el más puro estilo *Rashomon*, los hechos ocurrieron así:

Versión uno: Rodríguez en concierto. La multitud lo aclama. Canta sus versos donde dice: “Gracias por su tiempo / ahora pueden agradecerme el mío”. Al término de la última frase, saca una pistola de no sé dónde, apunta a la sien derecha y ¡pum!

Versión dos: en prisión, debido a razones que se desconocen, Rodríguez es encontrado muerto en la celda fría.

Versión tres: el concierto está en su punto más espectacular. El público delira. En medio del furor concertante, Rodríguez se baña en gasolina y se prende fuego frente a todos.

Muerto, bien muerto.

Pero, un momento, he aquí que surge el reportero que nunca falta y en equipo con un melómano que ha seguido también las pistas sembradas por El Muerto Rodríguez, realiza un trabajo de periodista-detective y después de muchos meses de ansias contenidas, ilusiones perdidas, anhelos, entusiasmos, derrotas y expectativas: ¡Eureka! ¡Encuentra a Rodríguez, vivito y coleando, en Detroit!

Detroit, cuna de tantas historias, nos regala el episodio de ignición que dio pie a la leyenda de Rodríguez:

Un tugurio a orillas del río Detroit aloja el divertimento de los obreros que beben cerveza, fuman, gritan y arman un alboroto fenomenal por encima del cual se escucha la tímida voz de un jovencito que canta armado solamente de una guitarra acústica y por su condición de timidez, realiza su concierto de espaldas al público.

Mike Theodore y Dennis Coffey, notables productores de discos, acuden una de esas noches al tugurio, atraídos por la curiosidad del boca a boca que ha hecho leyenda.

da: un joven de nombre Sixto Díaz Rodríguez canta, por el puro placer de hacerlo, en un lugar donde se refunden hombres rudos que, en concesión de gladiadores, se permiten escuchar canciones de vario linaje.

Hombres duros de corazón ablandado con versos como estos:

Just a song we share, I'll hear
Brings memories back when you were
[here
Of your smile, your easy laughter
Of your kiss, those moments after
I think of you.

Sobre el río Detroit esa noche había una bruma densa. Neblina amortajada, recuerdan Theodore y Coffey. Al interior del tugurio había otro tipo de neblina: el humo de cigarro, el vapor del alcohol, la brisa de la algarabía. Al fondo alcanzaron a ver la sombra de un muchacho que cantaba, sentado en una silla de madera, de espaldas a esa masa de hombres rudos cuya naturaleza rebasa la condición de “público” para alcanzar la categoría de aedas que escuchan al mejor aeda.

Theodore y Coffey se acercaron al joven moreno cuando este dejó de cantar. Él dijo: Órale carnales, nos vemos el jueves en la esquina de la calle Fulanita con Zutanita. Y así transcurrieron los encuentros para negociar lo que sería el primero de los dos únicos álbumes que grabó Sixto Rodríguez, quien tomó la decisión entonces de usar el apellido materno, vaya usted a saber por qué misterios cuyas costuras se muestran completitas.

De hecho, dos años antes Rodríguez había grabado un “sencillo”, como solían llamarse los discos con una sola canción, con su respectivo lado B. La pieza principal se llamó *I'll Slip Away* pero los productores de la disquera Impact Label equivocaron el crédito, que apareció como “Rod Riguez” en ese disco fantasma publicado en 1967.

El caso de Rodríguez tiene un paralelo en la historia de la literatura: al igual que Juan Rulfo, sólo necesitó publicar dos obras, tan solo dos, para ganar la inmortalidad.

¿Pero no dijimos que Rodríguez está muerto?

Sí. Añadamos: para muchos ni siquiera ha nacido. Mientras millones han comprado esos dos álbumes, muchos millones

más no tienen la menor idea de quién es este tal “Roudriguezz”, como pronuncian los gringos, viejos y nuevos.

Cold Fact, el primer disco de Rodríguez, vendió cinco ejemplares solamente. *Coming From Reality*, el segundo, no vendió una sola unidad. Y en consecuencia los de la disquera, Sussex, lo despidieron.

Pero esa historia ya la había contado, antes de que ocurriera, el propio empleado despedido. La letra de la última canción de ese disco empieza así: “Porque me despidieron dos semanas antes de Navidad / hablé con Jesús en el tugurio / pero el Papa dijo que eso no le incumbía en sus potestades / mientras la lluvia bebía champán / y mi arcángel estoniano vino y me echó a perder / Porque el beso más dulce que he recibido es el que nunca tuve / Oh pero eso sí, comprarán su bono para Molly McDonald / mujeres de neón, la belleza es lo que se obedece, compra o hipoteca”.

Exactamente dos semanas antes de Navidad corrieron de su trabajo a Rodríguez, tal y como lo había profetizado en la última pieza de lo que fue su último disco, cuyo

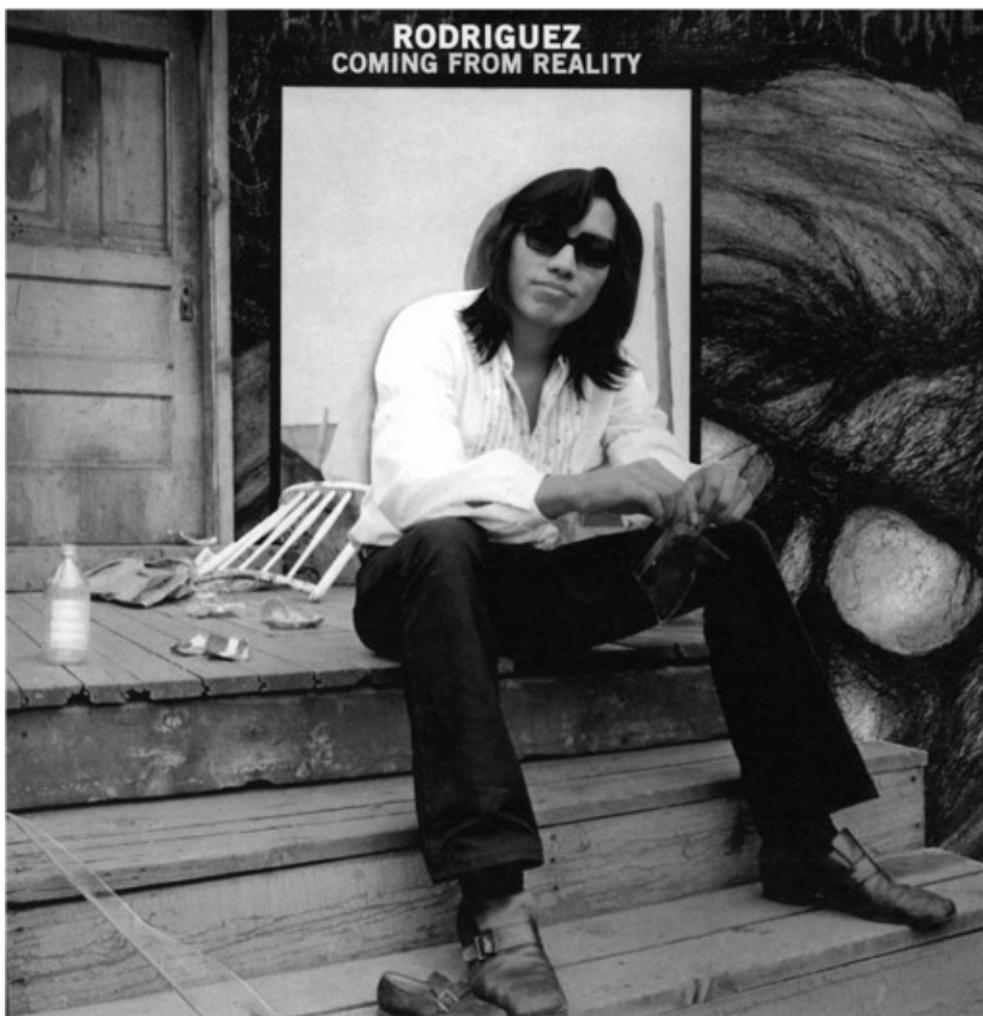
título está escrito por un mago, un maestro, un adivino: *Coming From Reality*. Lo que viene de la realidad. La realidad, que siempre supera a la ficción.

Profeta. Sabio. Arcángel. Monje budista sin hábito, sin saberlo y sin raparse. Fantasma. El Que No Existe. Las maneras de llamar a Rodríguez se multiplican.

Esa bonita costumbre la inició él mismo, cuando firmó las canciones en sus discos de distintas maneras: Jesús Rodríguez, en claro guiño a Cristo con pista falsa: dijo que era por razón de derechos de autor, que puso a nombre de su hermano, Jesús Rodríguez, en realidad llamado Jesse.

También firmó como Sixth Prince. El Sexto Príncipe. El Sexto Hijo. Sixto Díaz Rodríguez. El Sexto Día.

Cuando lo corrieron de la disquera, Sixto Díaz Rodríguez pronunció una de las frases que ejemplifican su sabiduría: “no es posible derrotar a la realidad”. Y regresó a su antiguo empleo: albañil, trabajador de la industria de la construcción, remodelación y mantenimiento de casas, especializado en rescatar edificios y casas.



Casas abandonadas como la que aparece en la portada de su, literalmente, último disco: Rodríguez sentado en el porche, lentes oscuros, sonrisa de arcángel, su zapato derecho junto a un zapato derecho pero huérfano, como una huella de una niña ángel que habitó esa casa en abandono.

La increíble historia de Rodríguez fue narrada al mundo por el joven documentalista sueco Malik Bendjelloul en su documental *Searching for Sugar Man*: una obra de arte de narración cinematográfica.

A ese documental se han sumado otros dos: *Dead Men Don't Tour*, de Tonia Selley Möller y un tercero que en realidad es una mala copia, o “dramatización” del original del sueco Bendjelloul.

Artista de culto. Ese es Rodríguez.

Mientras en Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda y Namibia es un “superstar”, anunciadas sus giras en los periódicos locales como “Resurrected Superstar”, en el mundo del consumo y de lo superfluo, en el negocio de la música y de los espectáculos, Rodríguez no existe, a menos que les deje ganancias.

Este albañil cultísimo declara así su ideal estético: “my inspiration comes from the environment and personal angst”.

Angst es un término propio de la jerga filosófica. Pertenece más al ámbito académico que a su uso vulgar como sinónimo de “miedo” o “angustia”. Está en el territorio de Freud y de Kierkegaard.

El albañil Rodríguez, humilde migrante mexicano, tiene una maestría en filosofía por la Wayne State University, donde se graduó como antropólogo e impartió clases también.

En la biblioteca municipal ya había adquirido las herramientas dramáticas que hacen de sus canciones poderosas máquinas para volar, amar, pensar. En su bella pieza titulada *Like Janis*, por ejemplo, es evidente la presencia de William Shakespeare:

And you measure for wealth by the things you can hold

And you measure for love by the sweet things you're told

And you live in the past or a dream that you're in

And your selfishness is your cardinal sin.

Y más adelante:

And don't try to enchant me with your manner of dress

'Cos a monkey in silk is a monkey no less
So measure for measure reflect on my said

And when I won't see you then measure is dead.

Lo que más importa a Rodríguez como artista es el tema social, la defensa de los derechos, la libertad, la paz. Y ha pasado a la acción: ha sido dos veces candidato al puesto de *state representative*, tres veces se postuló para *city council*, dos veces para *mayor* y una vez para senador. Todas las veces perdió. No resultó electo nunca. Al igual que la escasa o nula venta de sus discos, los únicos que votaron por él fueron su familia y amigos, que los tiene.

En la cultura estadounidense el término *loser* clasifica a las personas que pierden elecciones, pierden el empleo, graban discos que no se venden y son albañiles.

Rodríguez sería, para quienes así actúan, un *loser*. Para millones en el planeta, empero, ese *loser* es un *winner*, un héroe, un modelo a seguir, un ejemplo moral.

En los documentales existentes es común escuchar a personas de todas las edades hablar en términos casi extáticos de él: “Rodríguez me ha acompañado toda mi vida”. “Ha sido siempre mi guía y mi compañía”.

¿Entonces? ¿*Winner* o *loser*?

Rodríguez practica el amor incondicional, la democracia, la alegría de vivir, la dignidad del trabajo fecundo y creador, sin aspavientos. Dice su esposa Konny Rodríguez: “es común que cuando caminamos por las calles, se detiene a hablar con la gente, especialmente con quienes necesitan ayuda. Lo he visto sacar de su bolsillo un billete de cien dólares y dárselo a alguien que lo necesita”.

Es más, cuando ocurrió ese episodio de cuento de hadas en que los sudafricanos Steve Segerman (conocido como Sugarman) y Craig Bartholomew logran dar con el paradero de Rodríguez en Detroit, asombrados de hallar a su ídolo, al ídolo de multitudes vivito y coleando, cuando todos creían que había muerto, Rodríguez ofreció muchos conciertos en varias ciudades de Sudáfrica,

donde dijo: “¡gracias por mantenerme vivo!”, ganó mucho dinero y ese dinero lo repartió entre sus amigos albañiles y entre su familia y él regresó a su digno oficio de albañil. A su vida sencilla y feliz. Feliz por sencilla, por propia.

Vive en Detroit. Se le puede hallar caminando por las calles de la ciudad empobrecida. Si algún productor lo busca para ofrecerle una gira de conciertos, él lo citará en alguna esquina del centro de Detroit. Por eso muchos piensan que es un *homeless*.

Se le puede ver en giras por Europa, en Los Ángeles. En Sudáfrica, Nueva Zelanda, Namibia. En concierto usa el *tuxedo* que, cuenta uno de sus amigos albañiles, gusta de ponerse en casa cuando regresa, agotado, después de una ruda y larga jornada de trabajo.

En concierto se le puede ver feliz, como lo es en su vida cotidiana. También le gusta usar un chaleco que deja ver su cuerpo rudo, atlético, de albañil, y las marcas en la cara, como signos de vidas anteriores. Y su sonrisa de monje budista. Su bonhomía y candor de indígena mexicano. Su entrañable timidez.

Lo podemos ver, como en el filme magistral del joven sueco Bendjelloul, caminando bajo y sobre la nieve, todo vestido de negro, semiencurvado, sus pies haciendo sonar el piso de nieve y ese andar tambaleante también sucede sobre el piso de verano y sobre el piso de los escenarios del mundo: un albañil que canta, un luchador social que escribe poesía sublime, un cronista de la calle. Un aeda.

Un Gandhi con guitarra.

Rodríguez está muerto para el *establishment* que ironiza en sus canciones. Rodríguez está vivo para las luchas sociales: sus canciones fueron himnos que ayudaron a triunfar la revolución contra el *apartheid* en Sudáfrica. Rodríguez está muerto para los reporteros que buscan a una de las hijas de Rodríguez para preguntarle: “aquí entre nos: ¿este Rodríguez es el verdadero Rodríguez?”.

Rodríguez, Roudriiguez. Rod Riguez. El Arcángel Rodríguez está más allá de la vida y de la muerte.

Es un arcángel cuya sonrisa tambaleante de albañil recorre y canta las venas abiertas de Detroit. **U**